**DOMINGO I DE CUARESMA**

Hoy comenzamos un nuevo ciclo de lecturas en las cuales se refleja desde varias perspectivas el tiempo de la Cuaresma que hemos iniciado el pasado miércoles de Cenizas. El evangelio de hoy es bastante corto, pero en cuatro versículos presenta lo que es verdaderamente la vida de cristiano. En pocas palabras, el evangelio nos presenta a Jesús en el desierto durante cuarenta días donde fue tentado por Satanás. Este evangelio no nos muestra el diálogo que tuvo Jesús con el demonio, como lo muestran los textos de Mateo o de Lucas. Aquí ya está supuesta la victoria de Jesús sobre el demonio. Vamos a rescatar tres elementos claves de este texto.

1)-**El Espíritu y el desierto**. El Espíritu conduce a Jesús al desierto. Esto no quiere decir que el Espíritu Santo lleve a Jesús a un lugar de muerte o de desamparo y abandono. ¿Cómo podría Dios Espíritu Santo conducir a Dios Hijo a encontrarse con el demonio? Nada que venga de Dios puede conducir a la muerte o al pecado, ni menos a encontrarse con el demonio. Del Espíritu sólo puede venir lo bueno justamente porque es el Espíritu de Dios. El Espíritu conduce a Jesús hacia su misión: vencer al pecado. Entonces aquí nos encontramos con la certeza de que el Espíritu acompaña en el desierto y prepara justamente en el desierto.

El desierto es una palabra clave en la Biblia porque es el lugar donde Dios se ha manifestado al pueblo de Israel, adonde lo condujo para salvarlo de la esclavitud. El desierto es el camino obligado para llegar a la tierra prometida. Es el lugar adonde se retira Juan el Bautista para preparar su misión de anunciar la llegada del Mesías. El desierto es el lugar donde las seguridades se desvanecen, donde aparecen las flaquezas del ser humano, donde el silencio y la soledad son grandes protagonistas. El desierto es el lugar donde el alma está privada de todo, pero no de Dios. El desierto es el lugar donde Dios enamora al alma.

Pero también el desierto es el lugar de la batalla, de la lucha espiritual, donde el demonio intentará justamente que el alma, privada de todo, se rebele contra Dios. El desierto es el lugar donde habitan las fieras de los malos pensamientos, de los sentimientos de venganza y de rencor, del engaño y la confusión. Es también el lugar donde el demonio intentará aturdir al alma con deseos que la agitan, con gritos que la ensordecen, con recuerdos que la paralizan.

Jesús va al desierto a orar al Padre; a estar a solas con Él para prepararse para la vida pública de predicación que empezaba a partir del bautismo que recibió de Juan el Bautista. Pero, todos sabemos que, cuando hacemos cosas buenas, hay alguien que se opone a ellas y quiere evitar que las hagamos: es decir el demonio. Así es que, la presencia del demonio hace malas todas las cosas. Justamente intentará que Jesús no se prepare bien para comenzar su prédica; intentará perturbar su alma; intentará provocarlo y lo enfrentará también.

**2- Habitantes del desierto.** El texto dice que Jesús vivía entre las fieras y los ángeles lo servían. Si bien en un lugar desértico pueden habitar animales peligrosos que buscan sobrevivir justamente en espacios donde no hay alimento ni agua, esto también puede significar la batalla que el alma libra a diario contra las fieras del mal. Si bien Jesús es Dios, esto no significa que no sea atacado por el espíritu del mal. Pero recordemos que con Él está el Espíritu de Dios y junto a Él, los ángeles que lo servían. Aquí nos encontramos con dos grupos opuestos: Satanás y las fieras contra el Espíritu de Dios y los ángeles. Esta es la batalla que a diario encontramos en el desierto cotidiano de nuestras vidas, en donde tenemos que elegir a quién escuchar: a las fieras o a los ángeles; al Espíritu o al demonio. Jesús vence al demonio y a las fieras. Nunca el demonio podrá vencer a Dios, pero si puede vencer a los hombres. Nosotros somos débiles y de eso no hay que olvidarse nunca. Sólo quien es consciente de su debilidad, puede ser fuerte en el Señor. Si yo soy fuerte, no necesito a Dios.

**3)-Modo de vida en el desierto**. Jesús nos dice cómo vivir en el desierto cotidiano: convertirse y creer. La conversión es un ejercicio diario: si estamos un poquito atentos, nos daremos cuenta que todos los días tenemos algo para cambiar. A veces es algo muy pequeño, casi invisible. Y otras es algo muy notable. Por eso, el arrepentimiento diario ayuda al alma a no perder de vista a Dios y a dejar de prestarle tanta atención a las obras del mal. A veces por tanto mirar a alguien o a algo, uno se termina identificando justamente con esa persona o con eso que mira. Puedo convertirme para el bien o puedo convertirme para el mal. Si miro a Dios me convierto para el bien. Si miro al demonio me convierto para el mal. Si miro el amor en las personas, me abro a perdonarlas y a aceptarlas como son, y me doy la posibilidad de encontrar un tesoro jamás descubierto por nadie. Si miro sólo sus errores y pecados, me transformo yo mismo en un noticiero de escándalos que sólo produce malestar y difamación, sin poder darle al otro la posibilidad de cambiar.

Y finalmente creer en el Evangelio. La Palabra de Dios me dice la verdad y en ella está todo lo que tenemos que hacer. El tema es creer que lo que encuentro ahí me ayuda y me hace pleno y feliz. Jesús nos da la respuesta para enfrentar al demonio: convertirnos y creer en su Palabra. En nosotros está la decisión: hacia quién mirar y a quién creer.